

Jean-Paul  
Dubois

**NO TODOS LOS HOMBRES  
HABITAN EL MUNDO  
DE LA MISMA MANERA**

Traducido del francés por Amaya García Gallego

Título original: *Tous les hommes n'habitent pas  
le monde de la même façon*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions de L'Olivier, 2019  
© de la traducción: Amaya García Gallego, 2020  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-825-0  
Depósito legal: M. 19.353-2020  
Printed in Spain

*Para Hélène.*

*Para Tsubaki, Arthur y Louis.*

*Para Vincent Landel, al que añoro.*

*A la memoria de Jean-Michel Tarascon y Michel Ramonet.*

*Para Geneviève, Claire y Didier, todo mi cariño.*

*Para Serge Asselin, mi profundo agradecimiento  
por su amistosa ayuda y su valiosa experiencia.*

*Para Frédéric, mi afecto, y larga vida a Oïta.*

*Para Pascal, gentleman quebequense,*

*y Guy, «sidecarista» transcanadiense*



«Todo esto recuerda a la sucesión de días a la que nada ha dado forma ni dirección, en la que nada vive ni da vida y a la que nada da un sentido.»

ROSALIND KRAUSS

«Tenía que olvidar este día. Hoy he perdido diez dólares en las carreras. Qué cosa más inútil. Más me valdría meter la picha en una tortita con jarabe de arce.»

CHARLES BUKOWSKI, *On Writing*



# La cárcel del río

---

Lleva una semana nevando. Desde la ventana, miro la noche y escucho el frío. Aquí, el frío suena. Es un ruido peculiar y desagradable, se diría que el edificio está atrapado en una mordaza de hielo y emite un lamento agonizante como si estuviera sufriendo y resquebrajándose por efecto de la retracción. A estas horas, la cárcel está dormida. Al cabo de un tiempo, cuando te has acostumbrado a su metabolismo, puedes oírla respirar en la oscuridad como si fuera un animal enorme, toser a veces, e incluso tragar. La cárcel se nos traga, nos digiere y, encogidos en su vientre, agazapados entre los pliegues numerados de sus tripas, entre dos espasmos gástricos, tratamos de dormir y vivir como podemos.

El centro penitenciario de Montreal, al que llaman «de Bordeaux» porque lo construyeron sobre el terreno que antiguamente ocupaba un barrio homónimo, se encuentra en el número 800 del bulevar de Gouin Ouest, en la linde del río Des Prairies. 1357 reclusos. 82 ejecutados en la horca hasta 1962. Antiguamente, antes de que se edificara este universo de retención, debía de ser un lugar espléndido, con todos sus abedules, arces, zumaques de Virginia y hierbas altísimas de las que los animales salvajes dejan tumbadas a su paso. Hoy en día, los únicos supervivientes de esa fauna son las ratas y los ratones. Y como son desconsiderados por naturaleza, han

re poblado este mundo cerrado, hecho de sufrimiento enjaulado. Parecen adaptarse perfectamente a la reclusión y la colonia no ha dejado de extenderse en todas las alas de los edificios. Por la noche, se oye claramente cómo los roedores se afanan en las celdas y los pasillos. Para impedir que entren, encajamos periódicos enrollados y ropa vieja debajo de la puerta o delante de las trampillas de ventilación. Pero no hay forma. Entran, se cuelan, se deslizan y hacen lo que tienen que hacer.

Al tipo de celda en el que vivo lo llaman «condo», de *condominium*, que significa «piso». Si este espacio merece que lo ridiculicen con este vocablo irónico es porque cuenta con una superficie un poco mayor que la del modelo estándar, que logra comprimir la humanidad que nos queda en unos seis metros cuadrados.

Una litera, dos ventanas, dos banquetas sujetas al suelo, dos mesillas, un lavabo y un váter.

Comparto este reducto con Patrick Horton, un hombre y medio que lleva la historia de su vida tatuada en la piel de la espalda (*Life is a bitch and then you die*) y la de su amor por las Harley Davidson en el arco de los hombros y la parte superior del pecho. Patrick está en espera de juicio tras el asesinato de un ángel del infierno, un Hells Angel perteneciente al capítulo de Montreal al que derribaron sus amigos por sospechar que colaboraba con la policía. Patrick está acusado de participar en esa ejecución. Dadas sus intimidantes proporciones y su pertenencia a esa mafia motera que cuenta en su haber con un magnífico muestrario de crímenes y asesinatos, todo el mundo se aparta respetuosamente delante de Horton, como si fuera un cardenal, cuando deambula por los corredores del sector B. Como es sabido que comparto la intimidad de su celda, me basta con chupar rueda para gozar del mismo respeto que este nuncio singular.

Hace dos noches que Patrick lanza gemidos mientras duerme. Le duele una muela y siente las punzadas características de un flemón. En varias ocasiones se quejó a un guardia por ese dolor y al final le trajeron paracetamol. Cuando le pregunté por qué no pedía que lo apuntaran en la lista de espera del dentista, me dijo: «Nunca. Aquí, si te duele una muela, los muy hijos de puta no te la curan, te la sacan. Si te duelen dos, lo mismo, te sacan las dos».

Llevamos conviviendo nueve meses y la cosa va bastante bien. Una fantásica coincidencia del destino quiso que llegáramos aquí más o menos al mismo tiempo. Patrick quiso saber enseguida con quién iba a compartir el váter todos los días. Entonces le conté mi historia, muy alejada de la de los Hells que controlaban todo el tráfico de drogas de la provincia y no tenían reparo en desencadenar guerras a petardazo limpio como las que causaron 160 muertos en Quebec entre 1994 y 2002, cuando se enfrentaron a sus enemigos ancestrales, los Rock Machines, que, a su vez, se habían integrado en los Bandidos, cuya denominación no podía ser más merecida, tanto que también sufrieron algunos desengaños, pues aparecieron ocho cadáveres, todos de miembros de la banda, des cuidadosamente repartidos en cuatro coches aparcados juntos y con matrícula de Ontario.

Cuando Patrick supo por qué me habían encerrado, mostró por mi historia la misma indulgencia que un oficial artesano al enterarse de los torpes pinitos de su aprendiz. Al concluir mi modesto relato, se rascó el lóbulo de la oreja izquierda, que tenía rojo e irritado por culpa de un eccema. «Con esa pinta, no pensé que fueras capaz de algo así. Hiciste bien. Ni lo dudes. Yo lo habría matado.»

Puede que, al fin y al cabo, fuese lo que había querido hacer yo y, según los testigos, sin duda era el acto que habría cometido si seis personas resueltas no se hubieran aliado para

sujetarme. En realidad, aparte de lo que me han contado, solo conservo en la memoria unas cuantas imágenes relativas al incidente propiamente dicho, pues mi mente, al parecer, hizo un borrado selectivo antes de que me despertara en la sala de urgencias.

«Vaya que sí, joder, habría matado al mierda ese. A esos tíos hay que rajarlos por la mitad.» Seguía hurgándose con los dedos en la oreja escocida mientras se balanceaba pesadamente de un pie al otro. Presa de una ira ilegible, Patrick Horton parecía dispuesto a atravesar las paredes para rematar el trabajo que yo había empezado y también, en cierto modo, dejado a medias. Al verlo así, bramando y rascándose la piel inflamada, en ese momento me acordé de un apunte del antropólogo Serge Bouchard, especialista en las culturas amerindias, que decía: «El hombre es un oso que se descarrió».

Winona, mi mujer, era una india algonquina. Leí mucho a Bouchard para aprender cosas sobre ella. Yo aún no era más que un francés acelerado que no sabía casi nada sobre los trucos de la tienda que tiembla, las reglas místicas de la sudación, el origen del mapache, la razón predarwiniana según la cual el «hombre desciende del oso» y la historia que cuenta por qué «el caribú tiene una única mancha blanca en la boca».

Por aquel entonces, la cárcel para mí era un mero concepto teórico, una chanza que te gastaban los dados cuando te obligaban a pasar un turno encerrado en la casilla penitenciaria del Monopoly. Y ese mundo malvestido de inocencia parecía edificado para la eternidad, al igual que mi padre, el pastor Johanes Hansen, en su empeño por que vibraran el corazón de los hombres y la rueda fónica de un órgano Hammond en su parroquia protestante, que anegaban aguaceros de amianto bendito; al igual que Winona Mapachee y su dulzura algonquina, preocupada por suavizar los virajes cuando

pilotaba su aerotaxi Beaver para que los viajeros y los flotadores se posaran suavemente sobre la corriente de todos los lagos del norte; al igual que mi perra Nouk, que apenas acababa de nacer y cuyos ojazos negros me miraban como si fuera el principio y el final de todas las cosas.

Sí, me gustaba esa época, ya remota, en que mis tres muertos aún estaban vivos.

Qué ganas tengo de coger el sueño. No seguir oyendo a las ratas. No seguir oliendo a los hombres. No seguir escuchando el invierno a través de un cristal. No tener que comer más pollo marrón hervido en agua grasienta. No seguir expuesto al riesgo de que maten de una paliza por una palabra de más o un puñado de tabaco. No tener que mear en el lavabo porque a partir de cierta hora no se nos permite tirar de la cadena. No seguir viendo, todas las noches, a Patrick Horton bajándose los pantalones para sentarse en el váter y defecar mientras me habla de los «cilindros en V» de su Harley, que al ralentí «tiembla como si estuviera titiritando». En cada sesión, procede apaciblemente y se dirige a mí con una naturalidad desconcertante que lleva a pensar que tiene la boca y la mente totalmente desconectados de sus preocupaciones reales. Ni siquiera procura modular las flatulencias cuando hace fuerza. Mientras despacha sus asuntos, Patrick me sigue iluminando sobre la fiabilidad de los últimos motores, que ahora se montan «en unos *silentblock* que se llaman “isolastic”», antes de ajustarse los amplios pantalones como un hombre que ha cumplido su jornada y de extender encima de la taza una tela immaculada que hace las veces de tapa y que a mí me sonaba un poco como al final de un oficio religioso y a un *Ite missa est*.

Cerrar los ojos. Dormir. Es la única forma de salir de aquí, de que las ratas queden atrás.

En verano, colocándome en la esquina de la ventana de la izquierda, podía vislumbrar las aguas del río Des Prairies deslizándose a toda velocidad hacia la isla de Bourdon, la isla de Bonfoin y el río San Lorenzo, que las recibía al tiempo que las arrastraba. Pero esta noche, nada. La nieve lo colmaba todo, incluso la oscuridad.

Patrick Horton no lo sabía, pero podía suceder que, a esas horas, Winona, Johannes o incluso Nouk me visitaran. Entraban y yo los veía con la misma claridad con la que podía detallar toda la miseria que había incrustada en esta habitación. Y ellos me hablaban y estaban aquí, pegaditos a mí. Decían lo que tenían que decir, hacían sus cosas, se afanaban por arreglar el desorden de mi vida y siempre encontraban las palabras que acababan llevándome al sueño y a la paz nocturna. Cada uno a su manera, cumpliendo su papel y sus atribuciones, me respaldaba sin juzgarme nunca. Sobre todo desde que estaba en la cárcel. Sabían tan poco como yo de lo que había pasado, de por qué en unos días todo había dado un vuelco. No estaban allí para desentrañar el origen de la desgracia. Solo se esforzaban por que volviéramos a ser una familia.

Los primeros años, me costó muchísimo hacerme a la idea de tener que vivir con mis muertos. De oír la voz de mi padre sin rechistar como cuando era pequeño, vivíamos en Toulouse y mi madre nos quería. Con Winona, el desconcierto se me pasó enseguida porque se había encargado de prepararme bien para la leyenda de ese inframundo algonquino, en cuyo interior se codean los vivos con los muertos. Solía decirme que no había nada tan normal como aceptar ese diálogo con los difuntos que ahora vivían en otro universo. «Nuestros antepasados continúan otra existencia. Y si los enterramos con todos sus objetos es para que puedan, en otra parte, continuar también con sus actividades.» Me gustaba la frágil lógica de ese mundo apañado a base de esperanza y de amor. Se

despachaban esos utensilios unidos a sus propietarios difuntos con la convicción de que podrían funcionar, a poco que fueran eléctricos, con cualquier voltaje y con cualquier enchufe de los mundos invisibles. Por su parte, Nouk, mi perra, que lo sabía todo sobre el tiempo, los hombres y las leyes del invierno, que leía en nosotros como en un libro abierto, acudía sencillamente para tumbarse a mi lado, como había hecho siempre. Sin la intermediación de ningún chamán, confiando nada más que en el recuerdo de mi olor, me había encontrado. Tras darse un paseíto por las tinieblas, sencillamente había vuelto a casa y se había tumbado a mi lado, retomando así nuestra vida en común donde la habíamos dejado.

Ingresé en la cárcel de Bordeaux el mismo día que eligieron a Barak Obama, el 4 de noviembre de 2008. Para mí fue un día larguísimo y espantoso, con el traslado al tribunal; la espera en los pasillos del Palacio de Justicia; la comparecencia ante el juez Lorimier, que, a pesar de hacerme un interrogatorio bastante benigno, solo parecía tener en mente una multitud de preocupaciones personales; la defensa del depresivo de mi abogado, que me llamaba Janssen, me atribuía una «pesada carga psiquiátrica» y parecía que nunca había visto el sumario o estaba defendiendo a otro; la espera del veredicto; la sentencia que Lorimier dictó farfullando; la duración de la pena, dos años de prisión firmes, que se pierde en la memoria de la sala; el diluvio que caía en el trayecto de vuelta; los atascos; la llegada a la cárcel; la identificación; el desagradable cacheo, tres reclusos en una celda del tamaño de un cobertizo para bicis, «cállate la boca, aquí te callas la boca», un colchón tirado en el suelo, heces de rata, clínex usados por doquier, un tufillo a orina, la bandeja de la comida, pollo marrón, noche negrísima.

Un mes antes de que Barak Obama se trasladara oficialmente a sus aposentos de la Casa Blanca, a mí me trasladaron

a mi nuevo alojamiento, el «condo» que aún hoy compartimos Horton y yo. Esta mudanza me permitió salir del infierno de las tripas del sector A, donde la violencia y las agresiones marcaban las horas del día y a veces incluso las de la noche. Aquí, aun sin estar a salvo de algún exceso, y también gracias al pedigrí y a la estatura de Horton, la vida es más tolerable. Y aunque tener que cargar con uno mismo y con el peso del tiempo acaba siendo un fardo demasiado pesado, basta con rendirse y dejarse llevar por el ritmo lento y tozudo del reloj de la cárcel, con someterse a la agenda del «régimen de vida»: «7.00 h, apertura de las celdas. 7.30 h, desayuno. 8.00 h, actividades sectoriales. 11.15 h, almuerzo. 13.00 h, actividades sectoriales. 16.15 h, cena. 18.00 h, actividades sectoriales. 22.30 h, queda y cierre de las celdas. Se prohíbe fumar dentro y fuera del centro. Bienes no autorizados: consolas de juego, ordenadores, teléfonos móviles y fotos de carácter pornográfico. La cama debe hacerse antes de las 8.00 h y la limpieza de la celda, todas las mañanas antes de las 9.00 h».

Me resulta muy extraño tener que estar tan acotado y exento de responsabilidades. A lo largo de veintiséis años, en el barrio de Ahuntsic, a menos de un kilómetro de esta cárcel (al principio fue de lo más perturbador estar encerrado tan cerca de mi casa), he ejercido un oficio tan exigente como el de encargado, una especie de conserje mágico, de factótum de primera mano capaz de restablecer el orden y reparar un mundillo de gran precisión, un universo compuesto de cables, tubos, cañerías, juntas, derivaciones, columnas y relojes de fichar, un mundillo juguetón y deseoso de caer en picado, dar problemas y causar averías de las que hay reparar con premura, amén de grandes dosis de memoria, sabiduría, técnica,

observación y, a veces, un poco de suerte. En el edificio Excel-sior, yo era una especie de *deus ex machina* al que le habían encomendado el cuidado, el mantenimiento, la vigilancia y el funcionamiento correcto de aquella comunidad de sesenta y ocho vecinos. Todos los residentes eran propietarios del piso que ocupaban y disfrutaban de un jardín plantado de árboles y arriates, de una piscina climatizada repleta de 230 000 litros con cloración salina, de un aparcamiento subterráneo immaculado con zona de lavado, gimnasio, portal con sala de espera y de recibir, un cuarto para reuniones llamado «el Foro», veinticuatro cámaras de seguridad y tres amplios ascensores de marca Kone.

A lo largo de veintiséis años, llevé a cabo una labor gigantesca, estimulante a la par que agotadora por no acabarse nunca, prácticamente invisible porque consistía nada más que en mantener en el equilibrio de la normalidad sesenta y ocho viviendas sometidas a la erosión del tiempo, de los elementos y de la obsolescencia. 9500 días de vigilancia, de guardias y de intervenciones, 9500 días de investigaciones, de comprobaciones, de recorridos por la azotea, de rondas por las plantas, 104 estaciones saliéndome también, a veces, de mis atribuciones para ayudar a las personas mayores, consolar a las viudas, visitar a los enfermos o incluso acompañar a los muertos, como sucedió en dos ocasiones.

Creo que la educación que me transmitió Johanen Hansen, de oficio pastor protestante, no es ajena a la abnegación de la que tuve que hacer gala durante todos estos años para mantener a flote el conjunto de mi labor. Ejercerla así, practicarla en la sombra, realizar diariamente tareas ingratas con formalidad y esmero, no me parece estar reñido con el espíritu de la Reforma tal y como lo defendía Johanen en sus iglesias.

No sé absolutamente nada del hombre que, después de mí, heredó esa carga y aceptó vivir dentro de las vísceras de ese

edificio. Ni qué aspecto tendrán hoy las entrañas del Excelsior. Lo único que sé es que echo muchísimo de menos ese mundillo imaginativo de sesenta y ocho residencias, capaz de producir una combinación infinita de averías, problemas y enigmas sin resolver.

En ocasiones hablaba con las cosas y con las máquinas, y tenía la flaqueza de creer que alguna vez lograban entenderme. Ahora tengo a Horton, con su muela y sus cilindros.

Yo, que durante tanto tiempo administré y regenté el buen funcionamiento del Excelsior, ahora me veo en la obligación de conformarme con el «régimen de vida» emoliente de mi nuevo «condo», 8.00 h: actividades sectoriales, 16.15 h: cena, 21.00 h: aguas mayores del Hells, 22.30 h: queda y cierre de las celdas.

Esta mañana, al despertarse, Patrick ha llamado al guardia y ha pedido cita urgente con el dentista. Le tiene más miedo que a un raid salvaje de los Bandidos. Se le había hinchado la mejilla durante la noche y el dolor lo tenía de los nervios. Daba vueltas en todas direcciones por la celda como un insecto atrapado en un tarro. «¿No te importa hacerme la pilitra esta mañana? No sabes lo que me duele la puta muela. Es herencia de mi padre. También tenía los piños hechos un asco. Por lo visto, es genético. ¿Qué? Yo qué sé, no me jorobes con preguntitas, no está el horno para bollos. Me cago en la puta madre del dentista. Además, dicen que tiene la cara de loco de Nicholson. ¿Qué hora es? El muy cabrón estará todavía en casita, meneándose delante de los jodidos *corn flakes*. Una cosa te digo, al Nicholson ese más le vale cuidarme *first class*, si no, créeme que lo rajo por la mitad al muy hijoputa. ¿Qué hora es? ¡Mierda!»

Para Patrick, sobre todo cuando le duele una muela, el mundo se divide en dos categorías de individuos bien diferenciadas. Los que conocen y valoran las vocalizaciones de los

cilindros en V de las Harley Davidson, y, mucho más numerosos, los profanos de los «isolastics», que se merecen que los «rajen por la mitad».

Esta mañana tengo que hablar con un tal Gaëtan Brossard, un funcionario de la administración penitenciaria encargado de tramitar los casos de indulto antes de remitírselos al juez. Ya estuve con Brossard hace tres o cuatro meses. Tiene un físico del que emana algo tranquilizador y la cara calcada a la de Viggo Mortensen, que lo reafirma en su papel de controlador benévolo.

Nuestra primera conversación duró poco. Ni siquiera había abierto la carpeta con la documentación de mi juicio.

«El encuentro de hoy es puramente formal, señor Hansen, tómese lo como una mera toma de contacto. A la vista del grave delito que cometió, por desgracia no me es posible examinar o plantear, en este punto, la más mínima puesta en libertad, aunque sea bajo vigilancia. Nos volveremos a ver dentro de unos meses y, si los informes sobre su conducta son favorables, entonces podremos plantearnos algo.»

Brossard no ha cambiado. Me fijo en un detalle que se me pasó la primera vez. Cuando no está hablando, Gaëtan tiene tendencia a olerse la punta de los dedos. Con cada inspiración, las aletas de la nariz se dilatan y luego, reconfortadas sin duda al reconocer los efluvios de moléculas familiares, recuperan su forma original.

«Voy a ser franco con usted, señor Hansen. Sus evaluaciones son todas excelentes y están pidiendo a voces que le remita su expediente al juez con una recomendación favorable. Sin embargo, antes tiene que convencerme de que es consciente de la gravedad de sus actos y de que se arrepiente con pleno conocimiento de causa. ¿Se arrepiente, señor Hansen?»

Está claro que debería haberle dicho lo que estaba esperando, haberme deshecho en disculpas, haber expresado mi

profundo y sincero arrepentimiento, soltado retahílas de remordimientos, confesado que lo que sucedió ese día me seguía resultando incomprensible, pedido perdón a la víctima por los sufrimientos que le había infligido y, al final de mi acto de contrición, haber agachado la cabeza incapaz de soportar tanta vergüenza.

Pero no hice nada de eso. No salió una palabra de mi boca, nada, mi rostro permaneció tan inexpresivo como una máscara de hierro e incluso tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no confesarle a Viggo Mortensen que lo que lamentaba con toda la sinceridad del mundo era no haber tenido más tiempo o fuerza suficiente para romperle todos los huesos del cuerpo a ese tío despreciable, pagado de sí mismo y repugnante.

«Confieso que me esperaba otra cosa de usted, señor Hansen. Una reacción más apropiada. Al leer su expediente, al examinar su trayectoria y su pasado, salta a la vista que su lugar no está aquí. Sin embargo, me temo que dado su empeño en no querer cuestionar su comportamiento, tendrá que quedarse aún una temporada. Es una pena, señor Hansen. Cada día que pasa en esta cárcel es un día de más. ¿No le está esperando nadie fuera?»

¿Cómo podía explicarle que, en este momento, no había nadie esperándome fuera, pero que, en cambio, en la habitación donde estábamos (y podía notar su aliento), Winona, Johanes y Nouk estaban esperando pacientemente a mi lado, desde hacía un rato, a que él se marchara?

Aún bajo los efectos de la inyección de anestesia, babeando una saliva rojiza entre los pliegues de un pañuelo de papel, Patrick está de vuelta de la sesión de cuidados dentales. Salta a la vista que el encuentro con Nicholson ha terminado mal.

«El muy cerdo me la ha sacado. Lo sabía, joder, me lo habían avisado. Pero el tío mierda no me ha dado alternativa. Me ha dicho que no podía hacer nada para salvar la muela y que, además, tenía un flemón enorme. Me ha enseñado una chorrada en una radiografía: “Es esto de aquí, lo ve, está muy infectado”. Le he dicho: “No me jodas, haz lo que tengas que hacer, pero te lo aviso: como me duela, estás muerto”. Y directamente me ha pinchado en la encía y había suficiente para dormir a todo el maldito pueblo donde nací. Mira, no sé cuándo saldré, pero te juro que cuando esté fuera voy a ir a casa de ese desgraciado y lo voy a rajar por la mitad».

Para esta noche, está prevista una temperatura de 28 grados bajo cero; con una sensación térmica de 34 bajo cero por el viento. Dentro de cuatro días estaremos a 25 de diciembre. Nicholson celebrará la Navidad rodeado de toda su familia con sus perfectas dentaduras blanqueadas paternalmente. La pequeña aún llevará la ortodoncia y la madre le prometerá que este va a ser el último año que pasa con esos alambres en la boca. Habrá gran variedad de bolas y luces ridículas brillando y parpadeando por toda la casa, como en todas las demás casas de la ciudad, en los grandes almacenes sonarán *Christmas carols* como lubricante para las tarjetas de crédito y, en una coreografía ilegible, todo tipo de objetos inútiles y dispendiosos, extraídos de la nada a la que no tardarán en volver, transitarán de mano en mano, mientras que, para tal ocasión, las radios encantadas programarán *All I want for Christmas is you*.

Aquí, cuando caiga la noche, vendrá un cura desclasado a saltar deprisa y corriendo la misa reglamentaria para los meapilas y, sin acabar de creérselo, les prometerá a todos que, algún día, se sentarán a la derecha de su creador, y luego se

largará a toda prisa a respirar el olor juvenil de un coro de monaguillos.

Lo que es nosotros, ateos, impíos, bandidos ocasionales y criminales musculosos, recibiremos ración doble de pollo marrón con salsa *gravy* acompañado de una especie de bizcochito con jarabe de arce rancio. Al empezar a comer, con toda la seriedad del mundo, le desearé feliz Navidad a Patrick. Y mientras mastica su ración de ave sumisa, me contestará: «Déjate de chorradas».